

DAR LA CARA



UNA VIDA AL DESCUBIERTO

PAUL STANLEY

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Face the Music: A Life Exposed
HarperOne
A division of HarperCollins Publishers.
Nueva York, 2014

ES POP ENSAYO Nº 20
1ª EDICIÓN: OCTUBRE 2019

Published by arrangement with HarperCollins Publishers.

© 2014 by Paul Stanley
© 2019 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2019 de esta edición: Es Pop Ediciones
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Portadilla: Paul Stanley en 2014 © Brian Lowe.
A menos que se indique lo contrario, todas las
fotos proceden de la colección del autor.

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona
DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design
ILUSTRACIÓN PAUL STANLEY:
Javier Rodríguez
LOGO:
Gabi Beltrán
IMPRESIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-05-2
Depósito legal: M-31111-2019

ÍNDICE



PRÓLOGO

11

PRIMERA PARTE

*No hay donde esconderse,
no hay adonde huir*

23

SEGUNDA PARTE

Buscándose la vida en la calle

83

TERCERA PARTE

*De uno a otro lado, en
todas partes he estado*

191

CUARTA PARTE

A marchas forzadas

291

...

...

QUINTA PARTE
Carretera al desengaño
357

SEXTA PARTE
Para siempre
417

AGRADECIMIENTOS
455

SOBRE EL AUTOR
457

SOBRE EL COLABORADOR
459



UNO

El hogar es un concepto curioso. Para la mayoría de las personas supone un refugio. Mi primer hogar fue cualquier cosa menos eso. Nací el 20 de enero de 1952, de nombre Stanley Bert Eisen. El apartamento neoyorquino al que me llevaron mis padres estaba en la esquina de la calle 211 Oeste con Broadway, en la punta norte de Manhattan. Nací con una deformidad conocida como microtia que impide que el oído externo se desarrolle con normalidad y, dependiendo del grado de gravedad, puede dejarte con una simple excrecencia de cartílago arrugado. En mi caso, apenas si tenía un muñón en vez de oreja derecha. Y tenía el canal auditivo bloqueado, de modo que era sordo por ese lado, lo cual me incapacitaba para adivinar la procedencia de los sonidos y, lo más importante, me dificultaba enormemente entender a otras personas en situaciones en las que hubiera ruido de fondo o conversaciones. Este problema me llevaría a evitar de manera instintiva las reuniones sociales.

Mi primer recuerdo es el de hallarme en nuestra sombría sala de estar, con las persianas echadas, como para mantener la conversación en secreto entre mis padres y yo. «Si alguna vez alguien te pregunta qué te ha pasado en la oreja, diles simplemente que naciste así», me dijeron mis padres.

Si ignoramos el problema, parecían quererme dar a entender, *es como si no existiera*. Esa filosofía gobernaría nuestro hogar y mi vida durante gran parte de mi infancia. Recibía respuestas sencillas a situaciones complejas. Y por mucho que mis padres quisieran ignorarlo, nadie más lo hacía.

Los niños parecen disociar a la persona de la deformidad; pasé a ser un objeto en vez de un crío. Pero no eran los niños los únicos que se me quedaban mirando. Los adultos también lo hacían y eso era aún peor. Un día, en un mercado de la calle 207, muy cerca de casa, me di cuenta de que uno de los adultos que hacían cola me estaba observando fijamente como si fuese un bicho raro. *Oh, Dios, por favor, para ya*, pensé. Cuando alguien no te quita ojo de encima, no se trata de una interacción limitada a esa persona. Ese tipo de comportamiento atrae la atención de otros. Y convertirme en el centro de atención me resultaba horroroso. Ser objeto de escrutinio y de incesante curiosidad me resultaba más insoportable aún que ser objeto de burlas.

No hará falta decir que no tenía muchos amigos.

El primer día de parvulario le pedí a mi madre que se marchara tan pronto como me acompañó hasta la puerta. Se sintió orgullosa de mí, pero yo no quería que se marchara por el motivo que ella creyó. No fue porque me sintiera independiente y seguro de mí mismo. Simplemente no quería que viera cómo los demás se me quedaban mirando. No quería que viese que me trataban de manera distinta. Me hallaba en un entorno nuevo, rodeado de niños desconocidos, y no quería pasar por aquello delante de ella. El hecho de que se sintiera orgullosa me reveló que no me entendía en lo más mínimo; mis temores le resultaban algo completamente ajeno.

Un día llegué de la guardería llorando. «Me han escupido en la cara», dije entre lágrimas. Había regresado a casa en busca de apoyo y protección materna. Daba por hecho que me preguntaría quién había sido el responsable y luego buscaría a los padres del crío para decirles que tal comportamiento era inaceptable. En cambio, me espetó: «No me vengas llorando, Stanley. Libra tus propias batallas».

¿Que libre mis propias batallas? ¡Tengo cinco años!

No quiero hacerle daño a nadie. Sólo quiero que me dejen en paz.

Sin embargo, salí nuevamente a la calle y, más o menos una hora más tarde, encontré al niño que me había escupido. Le di un puñetazo en el ojo, pero él apenas recordaba ya el incidente y fue incapaz de entender a qué venía aquello.

Al menos una cosa me quedó clara: el hogar no era un lugar al que recurrir en busca de ayuda. Tanto si era objeto de burlas como de agresiones o cualquier otra cosa, tendría que apañármelas por mi cuenta.

Vivíamos prácticamente puerta con puerta con la PS 98, mi escuela pública de primaria. El edificio tenía tres patios completamente distintos, separados entre sí por vallas de rejilla. Un crío al que no conocía de nada, pero que se sabía mi nombre, acostumbraba a gritarme desde el otro lado de la valla. Cada vez que me veía en algún sitio desde el que no podía llegar a él, chillaba: «¡Stanley el monstruo de una oreja! ¡Stanley el monstruo de una oreja!».

No tenía ni idea de qué me conocía y lo único que podía pensar era: *¿Por qué haces esto? Me estás lastimando.*

Me estás lastimando de veras.

Era un crío normal y corriente de mi edad, con el pelo castaño, lo suficientemente canijo como para estar seguro de que podría con él si alguna vez lo pillaba, pero siempre se ponía fuera de mi alcance, siempre al otro lado de una verja o al otro lado del patio, donde tendría tiempo de sobra para desaparecer en alguno de los inmuebles colindantes antes de que consiguiera llegar hasta él.

Si al menos pudiera pillarle.

Hasta que, un día, al fin lo conseguí. Le oí gritar «Stanley el monstruo de una oreja» y, como de costumbre, lo primero que hice fue estremecerme. Oí en mi cabeza una vocecilla que rogaba: *¡Para de una vez! ¡Otras personas te están oyendo! ¡Ahora mismo se están girando para observarme!*

Y, como de costumbre, no tenía donde esconderme de sus miradas.

Pero esta vez eché a correr y conseguí alcanzarle. De repente, se mostró aterrorizado. «¡No me pegues!», gritó, con cara de conejo asustado.

«¡Deja de decir eso!», dije zarandeándolo. «¡Deja de meterte conmigo!».

No le pegué. De repente, viéndole así, se me quitaron las ganas. Esperaba que no haberle zurrado bastaría para que me cogiera simpatía. Así que le dejé marchar. No podía haberse alejado más de treinta metros cuando se giró hacia mí y gritó: «¡Stanley el monstruo de una oreja!».

¿Por qué?

¿Por qué me haces esto?

¿Por qué?

Aunque no habría sabido expresarlo, me sentía increíblemente vulnerable y desnudo, incapaz de protegerme de los atisbos, burlas y miradas inquisitivas que parecían rodearme por todas partes. De modo que me volví un niño cada vez más temperamental.

En vez de tomarse mis rabietas como un indicio de que necesitaba ayuda, apoyo y guía, mis padres reaccionaron con amenazas. «Como no te controles», me advertían en tono siniestro, «te llevaremos a un psiquiatra». Que conste que yo no tenía ni idea de lo que era un psiquiatra, pero sonaba ominoso. Sonaba a castigo de una naturaleza particularmente diabólica: me imaginé en una habitación de hospital siendo torturado.

Tampoco es que en casa me sintiera mucho más seguro. Mis padres salían con frecuencia de noche, dejándonos a mí y a mi hermana Julia, que tenía ocho años, dos más que yo, completamente solos. «No le abráis la puerta a nadie», era lo único que nos decían. Pasábamos tanto miedo que dormíamos con cuchillos y martillos debajo de la almohada. A la mañana siguiente nos levantábamos temprano para dejar las armas nuevamente en su sitio y que nuestros padres no nos regañaran.

Compartía con Julia el dormitorio pequeño de nuestro piso; mis padres dormían en un sofá cama en el salón. Julia empezó a padecer problemas mentales a muy temprana edad. Mi madre decía que siempre había sido «diferente», incluso de bebé. Era incontrolable y tenía una vena violenta. Francamente, me daba miedo. Y a medida que mis problemas se fueron intensificando, me fue preocupando cada vez más que pudiera acabar *como ella*.

Puede que mis padres no me apoyaran mucho, pero, por otra parte, tampoco es que se apoyaran demasiado mutuamente. Mi madre, Eva, era una mujer dominante, y mi padre, William, vivía amargado. Mi madre se presentaba a sí misma como una persona fuerte y a mi padre como alguien apocado. También se consideraba la más lista. En realidad, mi padre era muy despierto y leía mucho. Se graduó en el instituto con dieciséis años y, de haber sido otras las circunstancias, habría ido a la universidad, pero su familia insistió en que debía comenzar a trabajar para ayudar a pagar las facturas y eso fue lo que hizo. Cuando llegué yo, mi padre trabajaba de nueve a cinco como vendedor de mobiliario de oficina. Nacido de la necesidad, fue un empleo que acabó aceptando, pero nunca apreció.

Cuando yo era pequeño mi madre era ama de casa, pero anteriormente había trabajado como enfermera y ayudante de maestro en una escuela para niños de educación especial. Con el tiempo, acabaría reincorporándose al mercado laboral en un centro de entregas al que la gente iba a recoger productos



Última fila, tercero por la izquierda: poniendo mi pose de jugador de béisbol en tercero de primaria. PS 98, 1958

que obtenían tras haber completado cartillas de sellos ofrecidas a través de varios programas de fidelización de supermercados en los años cincuenta.

La familia de mi madre había llegado a Ámsterdam procedente de Berlín, huyendo del auge del nazismo. Tuvieron que dejar atrás todas sus posesiones y la madre de mi madre se había divorciado, algo poco habitual en la época. Después de que mi abuela se casara por segunda vez, emigraron a Nueva York. Los miembros de la familia de mi madre contemplaban con mucha autosuficiencia a todo el mundo y no se cortaban a la hora de ridiculizarme a causa de mi pelo y mis ropas. Poco a poco acabé llegando a la conclusión de que la arrogancia y la presunción de mi familia materna carecían de todo fundamento. No eran gente capacitada, sino simplemente desdeñosa. Si discrepabas con mi madre, obtenías con frecuencia un burlón «Oh, por favor», entonado con tal desprecio que dejaba meridianamente claro que tu opinión carecía del menor peso.

Mis abuelos por parte de padre procedían de Polonia y él fue el menor de cuatro hijos. Mi padre me contó que su hermano mayor, Jack, era corredor de apuestas y alcohólico; su otro hermano, Joe, era maníaco depresivo y sufría

cambios de humor que le hicieron la vida imposible; y su hermana, Monica, abrumada al parecer por la presión de su madre, jamás llegó a casarse ni abandonó el hogar paterno. Incluso siendo un niño no pude evitar darme cuenta de que mi abuela se había comportado de manera manipuladora y egoísta. Según mi padre, su infancia había sido dura y desdichada; aborrecía a mi abuelo, el cual falleció antes de que yo naciera.

Mis padres no eran personas felices. No sé cuál sería la base para su matrimonio, más allá de lo que más tarde sería conocido como «codependencia». No se aportaban nada positivo el uno al otro. En nuestra casa el afecto y el cariño brillaban por su ausencia. Los viernes eran con frecuencia el peor día de la semana. Mi padre se ponía nervioso y el resultado era inevitable: discutía con mi madre y después se pasaba el fin de semana entero sin dirigirle la palabra. Caer en tal actitud durante una hora es infantil. Ver a tus padres hacerlo durante varios días seguidos es una locura.

Además de los problemas que pudieran tener en su relación, mis padres también debían lidiar con mi hermana, que se metía continuamente en líos y con el tiempo acabaría entrando y saliendo de instituciones psiquiátricas durante años. Como a mí siempre me consideraron el niño bueno, paulatinamente me fueron prestando menos atención en casa. En mi caso, ser un niño bueno no equivalía a verse agasajado; significaba ser ignorado. En consecuencia, prácticamente tenía carta blanca para hacer cuanto se me antojara. No puedo decir que me resultara una sensación cómoda. Para sentirse seguro uno necesita límites y demarcaciones y, como yo carecía de ellas, me sentía perdido y desprotegido, expuesto y vulnerable. No ansiaba ni disfrutaba de mi libertad. De hecho, era casi al contrario: me sentía prácticamente paralizado por culpa del miedo porque no tenía a nadie que pudiera decirme que estaba a salvo.

Pasaba mucho tiempo a solas. Afrontaba cada día con un sentimiento de aprensión, sabiendo que debía enfrentarme a lo desconocido sin red de seguridad. Cada nuevo día traía consigo incertidumbre, desprotección; cada nuevo día implicaba tratar con un mundo para cuyas interacciones no estaba preparado e intentar descifrar los mensajes tácitos que me daban en casa.

Hallé refugio en la música.

La música fue uno de los pocos grandes regalos que me hicieron mis padres y siempre les estaré agradecido por ello. Puede que me hubieran dejado

completamente a la deriva, pero sin saberlo también me proporcionaron un salvavidas. Nunca olvidaré lo que sentí al escuchar por primera vez el concierto para piano nº 5 en mi bemol mayor de Beethoven —el *Emperador*—. Tenía cinco años y me dejó anonadado.

Mis padres trataban la cultura y las artes como un elemento natural de la vida. Su aprecio por la música clásica era evidente. Tenían una enorme consola de madera Harman Kardon, con radio y fonógrafo, en la que escuchaban a Sibelius, Schumann y Mozart. Pero fue Beethoven el que me dejó atónito.

Los fines de semana escuchaba con mi madre el programa *Live from the Met* en la emisora WQXR, una tradición que prosiguió incluso cuando me hice mayor. En cuanto empecé a oír la radio, también descubrí el rock and roll. Tanto si se trataba de Eddie Cochran o Little Richard como de Dion & The Belmonts, me resultaba pura magia; cantaban sobre una idealizada vida adolescente con la que muy pronto empecé a soñar. Todas aquellas canciones sobre un concepto idílico de la juventud me afectaron a un nivel emocional. Me colmaban con el asombro de ser adolescente, transportándome hasta un lugar maravilloso en el que todas las preocupaciones de la vida eran las relaciones y el *amor*. ¡Jo, qué vidas tan perfectas, las de aquellos chavales!

Una tarde salí a pasear con mi abuela. Cruzamos el puente de la calle 207 y nos adentramos en el Bronx, rumbo hacia Fordham Road. Al otro extremo del puente había una tienda de discos. Entramos y mi abuela me dejó elegir mi primer disco: un sencillo a 78 rpm de “All I Have to Do is Dream”, de los Everly Brothers.

Cuando quiero que me abracen...

Ojalá.

Mientras la mayoría de los críos del barrio estaba en la calle jugando a indios y vaqueros, yo me quedaba en casa escuchando de manera obsesiva canciones como “A Teenager in Love” y “Why Do Fools Fall in Love”. Durante una temporada muchos temas clásicos fueron reinterpretados en clave *doo-wop* y yo solía mosquearme con mi madre cuando la oía cantar las versiones originales en casa. «Así no es, mamá. Se canta así...». Y me arrancaba, por ejemplo, con el «dip da dip dip dip» que habían incluido los Marcells en su versión de “Blue Moon”, el clásico de los años treinta. En ocasiones mi madre desdeñaba las grabaciones modernas, pero la mayor parte de las veces simplemente parecían divertirla.

Y entonces *vi* a algunos de los intérpretes y grupos que me gustaban.

El famoso locutor Alan Freed empezó a salir por la tele al mismo tiempo que *American Bandstand*, el programa de Dick Clark, realizaba su debut nacional. Cuando vi a Jerry Lee Lewis sacudiendo el pelo y asestándole una patada al taburete de su piano, capté perfectamente su salvajismo y peligrosidad. De lo que *no* fui consciente fue de la sexualidad que exudaba la música... algo nada sorprendente, teniendo en cuenta el ambiente que se respiraba en mi casa. Mis fantasías románticas eran puras y estériles, e incluso de más mayor seguí viendo así la vida. Tendrían que pasar muchos, muchos años antes de que me percatase de lo que hablaba realmente una canción como “Will You Still Love Me Tomorrow” de las Shirelles.

Aun así no cabía la menor duda de que aquella gente molaba. Y molaba porque cantaba. Molaba porque el público se les quedaba mirando y gritando. En aquel público, aquellos músicos habían encontrado todo lo que yo ansiaba de niño. *Adulación. ¡Guau!*

Unas pocas familias de inmigrantes judíos como la nuestra vivían en la misma zona del alto Manhattan en la que residíamos nosotros, pero el barrio seguía siendo predominantemente irlandés. Nuestras vecinas inmediatas eran dos adorables y ancianas hermanas católicas, Mary y Helen Hunt, que nunca se habían casado. Pasaron a ser una especie de tías o abuelas para mí. A medida que mi compulsión por actuar igual que mis nuevos ídolos se fue intensificando, también aumentó la frecuencia con la que me presentaba en su casa. Tan pronto como dominaba *cualquier* canción, llamaba a su puerta y la interpretaba para ellas, al tiempo que me marcaba un bailecito.

Cuando cantaba, sentía que mis dudas y mi dolor remitían momentáneamente.

Me sentía a gusto.

DOS

Cuando yo tenía ocho años, justo antes de empezar a cursar tercero, mi familia se mudó del alto Manhattan a un barrio judío de clase trabajadora en un lejano sector de Queens. Nunca había visto nada parecido, todas las calles estaban bordeadas por árboles que salían directamente del pavimento y en la acera de enfrente de nuestra casa había un vivero de plantas que ocupaba toda una manzana. Estaba convencido de que de un momento a otro me saldría al paso un guardabosques. O Lassie.

La mayoría de los adultos del barrio se desplazaban a Manhattan para trabajar, pero el vecindario operaba como una pequeña aldea en mitad de la nada. En los confines de unas pocas manzanas arboladas teníamos una biblioteca, una oficina postal, una carnicería, una panadería, una zapatería, un supermercado, una juguetería, una ferretería, una pizzería y una heladería. Una cosa sí eché en falta: una tienda de discos.

La mayoría de los edificios eran inmuebles de dos plantas. Algunos habían sido divididos por la mitad para crear adosados; otros, como el nuestro, habían quedado repartidos en cuatro apartamentos, dos en la planta superior y dos en la inferior, con un patio delantero. Yo seguía compartiendo habitación con mi hermana Julia, pero al menos ahora mis padres tenían un dormitorio. En el barrio había muchísimos críos.

Mi nueva escuela fue la PS 164. En vez de con sillas y pupitres individuales, el aula estaba amueblada con mesas para dos. Recé por que las maestras

me pusieran en el lado derecho, para que el crío con el que me tocara compartir mesa viese mi oreja izquierda, que era la buena. No quería que se quedara mirando el que consideraba mi lado malo. Aparte de que no podría oír a nadie que se estuviese dirigiendo continuamente a la oreja sorda.

En algún momento del primer día de clase, una profesora, la señorita Sondike, me pidió que me acercara a su escritorio. Tuve que desfilas delante de toda la clase. Me estaba mirando la oreja.

Oh, Dios, por favor, no haga eso.

—Deja que te vea la oreja —dijo.

¡No, no, no!

Se puso a examinarme como si fuera un espécimen científico. Era mi peor pesadilla. Me quedé petrificado. Hundido.

¿Qué debería hacer?

Me moría de ganas de abrir la boca para decir: «No haga eso», pero guardé silencio. Inspiré hondo y esperé a que acabara.

Si lo ignoro, es como si no existiera.

¡No demuestres tu dolor!

Poco después de aquel incidente, iba dando un paseo con mi padre cuando le pregunté:

—Papá, ¿soy guapo?

Pareció quedarse desconcertado. Dejó de caminar y clavó la mirada en el suelo.

—Bueno... Feo no eres —dijo.

Gracias.

Diez puntos para mi padre. Era justo lo que un crío aislado e irremisiblemente vergonzoso necesitaba oír para animarse. Por desgracia, sería el patrón habitual a seguir por mis padres.

Empecé a levantar un muro a mi alrededor. Mi manera de relacionarme con otros niños pasó a ser rechazarles de manera preventiva. Pasé a comportarme como un listillo o un payaso, creando una situación en la que nadie querría estar cerca de mí. Deseaba no sentirme solo en todo momento, pero al mismo tiempo hacía cosas que ahuyentaban a los demás. Mi conflicto interior podía llegar a ser atroz. Me sentía impotente.

La mayoría de los demás críos del barrio iban juntos a la escuela hebrea, lo cual les servía para estrechar lazos más allá de la PS 164 y para entablar

nuevas amistades fuera del colegio. En casa teníamos una menorá y guardábamos las fiestas judías de una manera más bien vaga, pero mi familia no era practicante. Jamás celebré el bar mitzvah. De todos modos, el motivo por el que nunca fui a la escuela hebrea no tuvo nada que ver con eso. Simplemente les dije a mis padres que no quería ir. Lo que no les dije fue *por qué*. Por supuesto que me sentía judío, pero no quería ponerme en una posición que me obligase a estar rodeado de más gente aún. Mi vida ya era lo sobradamente desoladora sin necesidad de andar buscando nuevas situaciones en las que acabar paralizado por el miedo a ser humillado.

Vale, el colegio acaba a las tres. Eh, ¿qué tal si repites la experiencia a las tres y media con otro grupo distinto de críos? Estupendo.

Al menos la PS 164 tenía un coro, cosa que despertó mi interés. ¡Era una oportunidad de cantar! Todos los años organizaban un musical y le hacían una prueba a cualquiera que quisiera participar. Ya el primer año decidí presentarme. Cuando me llegó el turno, me planté en el escenario delante de los demás y abrí la boca dispuesto a cantar, pero lo único que brotó de mi garganta fue un graznido. Acabé de corista, interpretando a uno de los múltiples marineros del *HMS Pinafore* o algo por el estilo. Todos los años a partir de entonces —en cuarto, quinto y sexto— intenté que me dieran un papel en uno de aquellos musicales, pero todos los años me quedaba bloqueado en el momento de la audición y era incapaz de proferir ningún sonido que no fuera aquel endeble graznido. Acabé todas y cada una de las veces en el coro, a pesar de que, mientras observaba las pruebas, supe que tenía más potencia vocal que cualquiera de los alumnos que obtenían los papeles principales.

La PS 164 también albergaba una tropa scout. Tras haber visto a unos cuantos compañeros vistiendo el uniforme azul, me planteé unirme a ellos, y cuando un nuevo amigo mío, Harold Schiff, se presentó igualmente uniformado, acepté la sugerencia de acompañarle a una de sus reuniones. Harold se relacionaba con los chavales populares, pero también brindaba su amistad a unos pocos solitarios como yo. Era íntimo de otros miembros de la tropa, como Eric London, que estaba en la orquesta de la escuela, al igual que Harold y Jay Singer, que tocaba el piano. Yo conocía a Eric y a Jay de haber coincidido con ellos en el coro, pero su amistad con Harold se había consolidado en la escuela hebrea. En la mayoría de los casos, yo guardaba las distancias. Incluso cuando me unía a algo, me quedaba en la periferia.



Marzo de 1961. Me di cuenta de que estaba más preparado para ser el propietario de un equipo que para jugar en él.

En los scouts todo el mundo intentaba ganar insignias de mérito —por hacer nudos o ayudar a las ancianitas a cruzar la calle—, pero a mí todo eso me importaba un pimiento. Lo único que me atraía era ir de acampada. Y efectivamente, realizamos algunas excursiones de fin de semana al campo, pero tuve un contratiempo un día que perdí de vista a los demás mientras hacíamos senderismo. Fue la primera vez que me di realmente cuenta de que ser sordo de un oído significaba que no tenía sentido de la orientación. Recuerdo hallarme en medio de un claro y oír que alguien gritaba «¡Estamos aquí!», pero fui incapaz de distinguir la dirección desde la que llegaba la voz. Como carecía de capacidad para triangular el sonido, me resultaba del todo imposible. Me sentí vulnerable porque no sabía dónde estaba; un nuevo caso en el que no conseguía hallar mi lugar.

Mi instinto siguió siendo aferrarme a mis padres, pero cada vez que recurría a ellos en busca de una sensación de seguridad, me desilusionaban. «Ignóralo y será como si no existiera» siguió siendo el mantra en mi casa. La misma historia de siempre. Hubiera preferido algo más de amparo y menos coscorriones, pero podía esperar sentado. Mis padres se negaban en redondo a reconocer que tenía problemas por mucho que fueran de una evidencia flagrante. Empecé a tener episodios de sonambulismo. A veces me despertaba en mitad de la noche y resulta que estaba en el salón. En otras ocasiones era vagamente consciente de que mis padres me hacían dar la vuelta y me enviaban de nuevo a la cama. Lo sabían; simplemente nunca lo reconocieron ni intentaron averiguar los motivos.

También tenía dos pesadillas recurrentes. En una, me hallaba en la más absoluta negrura, flotando en una balsa en medio del mar, lejos de la costa. Perdido y solo. Chillaba pidiendo auxilio.

Noche tras noche.

Estoy a solas en una balsa a la deriva, lejos de la costa, rodeado de negrura...

Me despertaba en mi cama gritando.

En la otra pesadilla, iba sentado en el asiento del conductor de un coche que se precipitaba por una carretera oscura y vacía. El coche no tenía volante. Intentaba maniobrarlo inclinándome hacia uno y otro lado, pero no había manera de controlarlo.

Noche tras noche, me despertaba bruscamente de estas pesadillas, que me dejaban gritando, confundido y mortalmente asustado.

La situación con mi hermana también seguía empeorando. Cuando empecé secundaria, Julia había entrado en una espiral autodestructiva. Mis padres optaron por ingresarla de manera periódica en hospitales mentales del estado. Tras haber entrado y salido de varios de estos centros, mis padres se gastaron lo que para ellos era una fortuna en un costoso hospital psiquiátrico privado. Cuando estaba en casa, Julia acostumbraba a escaparse y mis padres podían estar días buscándola. A veces me levantaba por la mañana para encontrarme con que mis padres habían vuelto a pasarse otra noche completamente en vela, y me preguntaba: *¿Acabará matándolos a disgustos?*

Julia zanganeaba por el East Village, donde mataba las horas en pisos de desconocidos, consumiendo drogas. En una ocasión, robó de casa un puñado de dólares de plata que mi madre había estado coleccionando y los vendió

para comprar droga. Ahora sé que, en realidad, lo que estaba haciendo era automedicarse, pero en aquella época no lo analicé demasiado. Cuando desaparecía, desaparecía. Y cuando estaba en casa, yo vivía acojonado.

Una tarde, después de que mis padres recogieran a Julia en un centro en el que había recibido terapia de electroshock, nos dejaron a los dos solos en casa. Simplemente la trajeron y me dejaron a solas con una loca violenta recién salida de un hospital mental... que resultaba ser mi hermana. En su ausencia, Julia se enfadó por algún motivo y se puso a perseguirme con un martillo. Yo estaba aterrorizado. Me refugié en un dormitorio y cerré la puerta con llave. Me quedé allí sentado escuchando, tragando con dificultad y rezando para que mis padres regresaran cuanto antes.

Oh, Dios, por favor volved a casa.

Entonces oí un estrepitoso crujido en el momento en que Julia asestó un martillazo contra la puerta. Siguió golpeándola salvajemente.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

La madera se agrietó y saltaron astillas. El martillo comenzó a asomar entre los maderos mientras Julia continuaba asestando golpes con todas sus fuerzas.

Después, repentinamente, se detuvo. El martillo se quedó clavado en la madera y todo quedó en silencio. Me hice un ovillo y conté los minutos y, después, las horas.

¿Volverán a casa antes de que le dé por ponerse otra vez a dar golpes?

Así fue.

«¿Qué ha pasado aquí?», preguntaron.

Les dije que Julia me había perseguido con el martillo, pero la tomaron *conmigo*, como si hubiera sido culpa *mía*. Me chillaron. Después, me golpearon. Con el miedo que había pasado y ahora tenía la cabeza hecha un lío.

¡Vosotros me habéis dejado solo con ella! ¡Ha sido elección vuestra, no mía!

¡Ha intentado MATARME!

El colegio también continuó siendo todo un reto. En primaria, me habían puesto en el grupo de los «dotados y talentosos». Cuando empecé secundaria, volvieron a juntarme con los alumnos prometedores. Nunca lo habría conseguido en base a mis notas —nunca fui buen estudiante—, pero la distinción dependía únicamente de una especie de test de inteligencia. Aunque, por lo visto, mi cociente intelectual me calificaba para ello, seguí

siendo uno de los últimos de la clase. Mis profesores se rascaban la coronilla, supongo que pensaron que no quería aprender. De lo que no se daban cuenta era de que mi oído me ponía en una terrible desventaja. Simplemente no alcanzaba a oír muchas de las cosas que se decían en clase. Si me faltaba una frase, me perdía todo el razonamiento. Y en cuanto me sentía perdido, me daba por vencido. Todo porque perdía el hilo.

En las reuniones con los padres, mis profesores siempre le decían lo mismo a los míos: «Es listo, pero no se esfuerza» o «Es listo, pero no aprovecha su potencial». Ningún maestro les dijo jamás: «Es listo, pero no entiende lo que le digo». En aquel entonces, los críos no tenían el beneficio de que se reconocieran sus discapacidades para el aprendizaje.

Pero mis padres *sabían* que yo era sordo de un oído. Sin embargo, después de cada conferencia con mis profesores, me regañaban al volver a casa: «Dios te ha dado un cerebro maravilloso y te niegas a usarlo».

Lloraba. Me sentía culpable. «Mañana empiezo una nueva etapa de mi vida», juraba.

Y de verdad que lo decía convencido... hasta que volvía a clase al día siguiente y seguía sin oír. Y de nuevo era incapaz de entender lo que el profesor estaba explicando. Y de nuevo volvía a sentirme derrotado.

Sabía que si no hacía algo, las cosas acabarían mal. ¿Significaba eso fracasar? ¿Significaba quitarme la vida? No lo sabía a ciencia cierta. Pero vivir siendo un desgraciado, vivir una mentira y descargar mis frustraciones en otras personas... sabía que sería un espanto. Y sabía que era insostenible. No sabía dónde acabaría, pero sabía que acabaría mal.

Era una situación horrible cuyas consecuencias sufría durante la noche. Además de las pesadillas y de los episodios de sonambulismo, me convertí en un hipocondríaco de la peor variedad: estaba convencido de que me estaba muriendo. Me quedaba en vela por las noches, temeroso de quedarme dormido, porque pensaba que jamás volvería a despertar. Hasta que terminaba por quedarme adormilado, porque era incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos. Me pasaba lo mismo todas las noches.

Te estás muriendo. Tienes un problema bien gordo.

Hasta que, hete aquí, me regalaron mi primera radio a transistores. Me abrió un mundo completamente distinto, un lugar autónomo al que podía viajar cada vez que me ponía su único auricular en mi oído izquierdo. La



Junio de 1964. Yo con doce años y mi hermana con catorce, delante de nuestro apartamento en la calle 75 de Queens... vestidos como extras de Los Soprano.

música volvía a ser mi santuario, dándome al menos una sensación efímera de seguridad y aislamiento.

Y en febrero de 1963, pocas semanas después de haber cumplido los doce años, vi a los Beatles en *The Ed Sullivan Show*. Mientras les observaba cantar, se me ocurrió de repente: *Ésta será mi vía de escape*. Aquel era el vehículo del que podría servirme para salir de la miseria, para hacerme famoso, para ser respetado, apreciado, admirado, envidiado.

Y, sin la menor base racional para ello, me convencí a mí mismo: *Sé que puedo hacerlo. Puedo tocar esa fibra*. Jamás había tenido una guitarra entre las manos y, desde luego, nunca había compuesto una canción. No obstante... aquella sería mi vía de escape.

Simplemente lo supe.

De inmediato empecé a dejarme crecer el pelo, aspirando a una melenita Beatle. Aunque en parte lo hice por una cuestión de estilo, el motivo por el cual me atrajo su corte de pelo es evidente: me permitiría tapar el muñón que tenía en lugar de una oreja derecha. De algún modo, mis padres ni siquiera lo sospecharon. A medida que me iba creciendo el pelo, les dio por leerme la cartilla y amenazarme con cortármelo.

Una tarde, no mucho después de haber visto a los Beatles en *Ed Sullivan*, me crucé con un crío del barrio que se llamaba Matt Rael. Me contó que tenía una guitarra eléctrica y que sabía tocarla. En el colegio iba un curso por detrás de mí, pero igualmente me dejó muy impresionado. Ahora lo único que necesitaba era una guitarra eléctrica para empezar a tocar yo también. Y creía saber cómo podría conseguir una. Durante los siguientes once meses —mientras la Invasión británica nos traía en rápida sucesión no sólo a los Beatles, sino también a The Dave Clark Five, los Kinks, los Rolling Stones, los Searchers, Manfred Mann, Gerry and the Pacemakers, los Animals... la lista era interminable— me dediqué a darles la matraca a mis padres para que me regalaran una guitarra eléctrica cuando cumpliera trece años.

«Lo significa todo para mí», les dije.